

PATRIA.

Entered as Second Class Matter at the New York, N. Y. Post Office, March 15th 1892.

ADMINISTRADOR:

J. A. AGRAMONTE

Num. 16 — New York, Junio 25 de 1892.

La Correspondencia debe dirigirse a
J. A. AGRAMONTE,
214 PEARL ST., NEW YORK.

BASES

Del Partido Revolucionario Cubano

Propuestas por encargo de la emigración de Cayo Hueso, y Proclamadas unánimemente por las Emigraciones Cubanas y Puertorriqueñas, el 10 de Abril de 1892

Artículo 1.—El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr, con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico.

Art. 2.—El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto precipitar inconsideradamente la guerra en Cuba, ni lanzar á toda costa al país á un movimiento mal dispuesto y discordante, sino ordenar, de acuerdo con cuantos elementos vivos y honrados se le unan, una guerra generosa y breve encaminada á asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla.

Art. 3.—El Partido Revolucionario Cubano reunirá los elementos de revolucion hoy existentes y allegará, sin compromisos inmorales con pueblo ó hombre alguno, cuantos elementos nuevos pueda, á fin de fundar en Cuba por una guerra de espíritu y método republicanos, una Nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos y de cumplir, en la vida histórica del continente, los deberes difíciles que su situación geográfica le señala.

Art. 4.—El Partido Revolucionario Cubano no se propone perpetuar en la República Cubana, con formas nuevas ó con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia, sino fundar en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud.

Art. 5.—El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto llevar á Cuba una agrupación victoriosa que considere la Isla como su presa y dominio, sino preparar, con cuantos medios eficaces le permita la libertad del extranjero, la guerra que se ha de hacer para el decoro y bien de todos los cubanos, y entregar á todo el país la patria libre.

Art. 6.—El Partido Revolucionario Cubano se establece para fundar la patria libre, cordial y segura, que debe ser el destino de todos los cubanos, y aquí estamos, como un hombre solo, para mantenerlo, y para contribuir con nuestras fuerzas á los trabajos preciosos y verdaderamente prácticos á que se nos llama. Era muy difícil combinar en una campaña de guerra, porque en la guerra estamos, el empuje y el secreto que requieren estas cosas, con las ideas y las prácticas republicanas que vemos en cada línea y en cada acto del Partido." El alma de los cubanos de Boston, está en esa carta.

Art. 7.—El Partido Revolucionario Cubano cuidará de no atraerse, con hecho ó declaración alguna indiscreta durante su propaganda, la malevolencia ó suspicacia de los pueblos con quienes la prudencia ó el afecto aconseja ó impone el mantenimiento de relaciones cordiales.

Art. 8.—El Partido Revolucionario Cubano tiene por propósitos concretos los siguientes:

- I.—Unir en un esfuerzo continuo y comun la acción de todos los cubanos residentes en el extranjero.
- II.—Fomentar relaciones sinceras entre los factores históricos y políticos de dentro y fuera de la Isla que puedan contribuir al triunfo rápido de la guerra y á la mayor fuerza y eficacia de las instituciones que despues de ella se funden, y deben ir en germen en ella.
- III.—Propagar en Cuba el conocimiento del espíritu y los métodos de la revolucion, y congregar á los habitantes de la Isla en un ánimo favorable á su victoria, por medios que no pongan innecesariamente en riesgo las vidas cubanas.
- IV.—Allegar fondos de acción para la realización de su programa, á la vez que abrir recursos continuos y numerosos para la guerra.
- V.—Establecer discretamente con los pueblos amigos relaciones que tiendan á acelerar, con la menor sangre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra y la fundación de la nueva República indispensable al equilibrio americano.

Art. 9.—El Partido Revolucionario Cubano se regirá conforme á los Estatutos secretos que acuerden las organizaciones que le fund

DIRECTORIO

DEL

PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO

DELEGADO: - - - - - José Martí.
TESORERO: - - - - - Benjamin Guerra.
SECRETARIO de la Delegacion, Gonzalo de Quesada.

CUERPOS DE CONSEJO.

De Cayo Hueso: *Presidente*, J. D. Poyo,
Secretario, R. G. Socorro.
De Tampa: *Presidente*, N. L. Carbonell,
Secretario, Andrés Yznaga.
De New York: *Presidente*, Juan Fraga,
Secretario, S. Figueroa.
De Jamaica: *Presidente*, José Mayner,
Secretario, Juan Prego

CLUBS CUBANOS.

CAYO HUESO.

"Liga Patriótica Cubana,"
"Patria y Libertad,"
"Juan Miyares," No. 1,"
"Unión y Libertad,"
"Carlos Manuel de Céspedes,"
"Martí de San Lorenzo,"
"Cabaniguan,"
"Luz de Yara,"
"Hatuey,"
"J. F. Lamadrid,"
"Occidente,"
"Francisco V. Aguilera,"
"Brigadier," "Cecilio Gonzalez,"
"Donato Marmol,"
"Perico Cestero,"
"Guásimas de Jimaguayú,"
"Riferos de la Habana No. 1,"
"Yaguaramas Intransigentes,"
"Pedro Figueredo,"

NEW YORK.

"Los Independientes,"
"José Martí,"
"Borinquen,"
"Pinos Nuevos,"
"Independientes de Cubanacán,"
"Macedonio Varona,"

"Las Dos Antillas,"
"Riferos de la Habana, No. 2,"

TAMPA.

"Liga Patriótica,"
"Ignacio Agramonte,"
"Aguilera,"
"El Aguila de Tampa,"

BOSTON

"Cuba y Borinquen,"

CHICAGO

"Tello Lamar,"

PHILADELPHIA.

"Ignacio Agramonte N. 3,"

ATLANTA.

"Macheteros,"

OCALA.

"Club Político Cubano,"

NUEVA ORLEANS.

"Los Intransigentes,"

JAMAICA.

"José Maria Heredia,"
"Carlos Manuel de Céspedes,"
"Bernabé Varona,"
"Oriente,"
"Francisco Vicente Aguilera,"

DIRECCIONES:

José Martí, - - - - - 120 Front Street.
Benjamín J. Guerra - - - - - 281 Pearl Street.
Juan Fraga - - - - - 839 Fulton Street, Brooklyn.
N. L. Carbonell - - - - - West Tampa, Fla.
J. D. Poyo - - - - - Key West, Fla.
José Mayner, - - - - - 27 Sutton St., Kingston, Ja.

Comunicaciones Oficiales.

Club Ygnacio Agramonte N. 4.

SECRETARÍA.

A todos los Cubanos y Puertorriqueños residentes en esta localidad, sin distincion de sexos, clases ni colores.

COMPATRIOTAS:

El Club Ignacio Agramonte N. 4 en su Junta General Ordinaria que celebró el día tres de este mes acordó lo siguiente:

"Que pasara el Secretario invitacion atenta al Delegado del Partido Revolucionario Cubano Sr. José Martí para que venga á visitar este Club, y que caso de que fuese aceptada la invitacion por el Sr. Martí se anunciase en el periódico PATRIA la visita del Delegado, extendiéndose entonces la invitacion á todos los Cubanos y Puertorriqueños de esta localidad, miembros ó no miembros, sin excepcion de sexos, clases y colores, para que honren con su presencia este acto".

Y arreglado todo para recibir la visita del Delegado del Partido, la recepcion tendrá lugar en Junta General Extraordinaria de este Club la noche del día 13 de Julio próximo á las ocho de la noche en el Salon de las Calles Y Broad y Spring Garden (Old Fellow's Hall) Lo que se pone en conocimiento de las emigraciones citadas para que nos honren con su presencia á la recepcion del Delegado, quien hará uso de la palabra en esta ocasion.

Y yo, en cumplimiento de lo acordado, doy la publicidad debida en PATRIA para conocimiento de los compatriotas.

Patria y Libertad, Filadelfia Junio 23 de 1892.
Secretario.
J. A. LUORNA.

EL PARTIDO.

Los partidos políticos que han de durar; los partidos que arrancan de la conciencia pública; los partidos que vienen á ser el molde visible; del alma de un pueblo, y su brazo y su voz, los partidos que no tienen por objeto el beneficio de un hombre interesado,

ó de un grupo de hombres,—no se han de organizar con la prisa indigna y artificiosa del interés personal, sino, como se organiza el Partido Revolucionario Cubano, con el desahogo y espontaneidad de la opinion libre. Allí donde hubiera,—que no ha habido—una duda que aclarar, no debió apremiarse la adhesion, sino dar tiempo al esclarecimiento pleno de la duda. Allí donde pudiera suponerse que la malignidad humana, ó la enemistad, ó el entusiasmo inquieto y descompuesto, pretendian—que no han pretendido—trastornar la organizacion naciente, no se debía limosnear la adhesion de los patriotas honrados, sino fiar en su honor, y dejar en sus manos la tarea de evitar el trastorno. Allí donde la emulacion personal en una localidad demorase culpablemente—que no ha demorado—la organizacion rápida, la organizacion de batalla y de paso de ataque, de un partido que se funda para preparar una guerra inminente, para evitar el desorden inminente de una república que está al nacer,—debía esperarse á que los excesos de la emulacion, por su propio bochorno, de sí mismos se corrigieran, sin intrusion extraña. A veces, esperar es morir. A veces, esperar es vencer. Y esto ha sucedido en el Partido Revolucionario Cubano. Se esperó, donde la espera parecía conveniente á la dignidad y firmeza de la organizacion, á la opinion de desinterés absoluto y naturaleza popular que merece por sus métodos y fines el Partido: y la espera ha sido la victoria.

El bullicio no es la organizacion. El aparato no satisface á los hombres reales. Ganar un alma en la sombra, un alma que se purga y se renueva, un alma que peca y se avergüenza, es mas grato, y mas útil al país, que cargar y levantar el polvo. Los árboles crecen y no se les ve. La mar se hincha, y no

se nota hasta que la pleamar se lanza sobre la playa. Ni un momento perdido, ni un momento apresurado. Apresurar es perder. Lo que importa es que todos los cubanos buenos, todos los cubanos activos, se junten con libertad y sinceridad. No es racha lo que levantamos, sino ejército.

**

Del éxito de esta organizacion espontánea, de la solidez y entusiasmo de esta obra de que no se ha de ver sino lo que la fortaleza y enseñe, para ejemplo y estímulo, en su vigor real, son muestra generosa, en estos instantes mismos, el calor con que los emigrados de Nueva Orleans responden al convite para el trabajo comun, el cariño que las ideas y métodos del Partido despiertan en Boston, el entusiasmo con que la emigracion de Filadelfia se prepara á declarar su fé en el Partido con ocasion de la visita del Delegado, y la ejemplar cordialidad de los cubanos de Ocala.

EN NUEVA ORLEANS.

Con el ardor de la mas fiel emigracion, y de la de mas ímpetu y fuerza, responde el Club de Nueva Orleans á las demandas de trabajo activo. Allí las almas no son de humo y de espuma. Allí se está en pié, y se estima el respeto republicano á la opinion independiente. Allí se entra de lleno en la labor árdua y constante á que el Partido los convoca. Leen con su juicio, y con su corazon. Se reúnen impacientes, y con aquella confianza y ternura—¿porqué no ha decirse la noble palabra?—con que estamos haciendo nuestras maravillas. A la actividad juiciosa del presidente Frayle, alma que es patria toda, sin mancha y sin paso-atrás, responde, emulándosele, cada cubano de Nueva Orleans. En la guerra ¡qué buena compañía!

EN BOSTON.

"Todos entendemos,—dice una carta nobilísima de Boston,—la oportunidad y la democracia del plan del Partido: y aquí estamos,

como un hombre solo, para mantenerlo, y para contribuir con nuestras fuerzas á los trabajos preciosos y verdaderamente prácticos á que se nos llama. Era muy difícil combinar en una campaña de guerra, porque en la guerra estamos, el empuje y el secreto que requieren estas cosas, con las ideas y las prácticas republicanas que vemos en cada línea y en cada acto del Partido." El alma de los cubanos de Boston, está en esa carta.

EN FILADELPHIA.

Filadelfia, siempre pronta al óbolo y al sacrificio, siempre notable por la unanimidad y la rapidez de sus esfuerzos, siempre abierta al valor y á la verdad, se prepara á recibir, con ocasion del convite al Delegado, á los hermanos que van á saludarla de New York. No es un hombre el que va, sino la union de los cubanos, simbolizada en su empleo. Y los cubanos entusiastas quisieran ir todos á Filadelfia, á dar prenda viva de la fe viril con que trabajan en la obra de acción que comienza por allegar todos los elementos, y todos afectos, necesarios para la acción. ¡Que no se ve aún esta ó aquella cabeza! En la noche en que andamos, no se pueden ver todas las cabezas. ¡Que tal ó cual no está aún donde debia! Paez, que ganó en Carabobo la batalla de América, estaba, al principio de la guerra, sirviendo á los españoles. ¡Sale el sol, é inflama!

EN OCALA.

Ocala, en verdad, merece de los patriotas cubanos singular cariño. Ya se pone en pié un taller, y de su primer jornal aparta la cuota para el tesoro de la independencia; ya escribe una mano pujante, que derribó mucho enemigo, y con la sencillez del héroe "pide órdenes"; ya se reune

LA BAYAMESA.

Himno Revolucionario Cubano.

De Pedro Figueredo.

Al com-ba-te cor-red, ba-ya-mes- ses, Que la pa-tria os con-templa or-
 - gullo - - - sa: No - te mais u - na muer - te glo - rio - - - sa, Que no -
 - rir por la pa - tria es vi - vir. En ca - de - tas vi - vir es vi -
 - vir en o - pro - bio y a - fron - ta su mí - do: Del ca -
 - rin es cuébad el so - ni - do: ¡a las ar - mas, va - lien - tes, cor - red!

La Bayamesa.

La Bayamesa, por la Marsellesa, fué compuesta por Pedro Figueredo, el indómito revolucionario, meses antes del pronunciamiento de Yara. La Bayamesa se tocaba por las bandas criollas de la localidad, se cantaba por las damas y se tarareaba por los muchachos de la calle. Aquel pueblo, que acariciaba ya la revolución, daba así expansión á sus sentimientos patrios mucho antes de lanzarse á la lucha.

Quando hendiendo las almas se dió á conocer como el canto de guerra del pueblo heroico, llegaron sus acordes á los oídos del Coronel Udaeta, el caído Teniente Gobernador de la ciudad, que encerrado con sus tropas en el cuartel militar, principió por escuchar con atención, continuó por reconocer el aire, y terminó por exclamar: "¡Buena me la han jugado! debí de haberlo presentado, debí antes haber comprendido su semejanza con la Marsellesa, debí haber adivinado que era un canto guerrero! aun yo, sin saberlo, he tarareado muchas veces el himno que ahora escucho con horror!"

Bayamo cayó en poder de la Revolución. El 20 de Octubre, á las diez de la mañana, cuando las campanas tocaban á vuelo, cuando vitoreaba la multitud ebria de gozo, cuando los colores de la libertad, sin orden, sin concierto aparecían en todos los balcones, en todas las casas, cuando toda la ciudad entusiasmada anunció el triunfo de las armas de la Revolución, apareció rodeado por la multitud, en el centro de la plaza de la iglesia, erguido sobre su jadeante caballo, que arrojaba sangre por los hijares y espumas por la boca, un hombre quemado del sol, desconocido por el polvo, que sombrero en mano gritaba: "¡Bayameses, Viva Cuba!" y en medio del frenesí que enloquecía á aquel pueblo, en medio de las lágrimas y la alegría, rompe la orquesta y llena los aires con los dulces acordes del himno "La Bayamesa".

En seguida Pedro Figueredo rasga una hoja de su cartera, y cruzando su pierna sobre el cuello del indómito corcel, escribe la siguiente octava:

Al combate corred, bayameses,
 Que la Patria os contempla orgullosa:
 No temais una muerte gloriosa,
 Que morir por la Patria es vivir.

En cadenas vivir, es vivir
 En oprobio y afrenta sumido:
 Del clarín escuchad el sonido:
 ¡A las armas, valientes, corred...!

El pueblo hizo coro, la cuartilla de papel corrió de mano en mano y el mismo Figueredo ordenó la marcha que al son de la música recorría las calles y entusiasta exclamaba: "Que morir por la Patria es vivir." y mientras los españoles se rendían, el pueblo cantaba, y el autor de la Bayamesa, ebrio como Rouget de Lisle, ebrio de gozo por su triunfo, hacia popular su canto de guerra, cuyo espíritu selló cuando pocos años mas tarde era conducido en ignominiosa procesion á través de las calles de Santiago de Cuba, donde lanzó su último aliento acribillado á balazos, exclamando orgulloso, soberbio: "Morir por la Patria es vivir!"

UN VETERANO.

"EL CATALAN" Y "MARÍA FRANCISCA"

(Episodio Histórico.)

El prefecto de Jimaguayú era hombre modesto y activo, que cumplía fielmente con sus deberes civiles; pero el prefecto de Jimaguayú no era mujer. Tenía un carácter tranquilo en su aspecto, como se apostaba en la caja de monte y con denuevo hacia recular al enemigo sorprendido y deshecho. Dueño de extensas fincas en aquella comarca, la conocía palmo á palmo; y de carácter llano y servicial, su popularidad era grande, y la confianza que en él ponían sus gobernados, sin límites. El prefecto nunca necesitó instar para que lo acompañasen, ni á ninguno jamás se le ocurrió indagar á donde los llevaba. Cuando un coronel y un comandante renunciaron el mando de la expedición temeraria que proponía el general en jefe, éste se dirigió al prefecto de Jimaguayú:

— "En el Cayo Perro suelen desembarcar los oficiales del buque de guerra *Neptuno*: ¿te atreves á traerme los amarrados?"

— "Si me dan la fuerza suficiente y buenos pertrechos..."

— "Bien sabía que no eras hombre de los que se echan atrás; la tendrás, y escogida": e inmediatamente el general ordenó que le enviasen cincuenta soldados de los mejores, á la prefectura.

Días despues, al mando de un valiente Capitán villareño, llegaban al rancho treinta hombres de todos colores, enfermos, demacrados, que apenas se podían tener en pié, de debilidad; el armamento era tan diverso que no se hubieran podido encontrar dos escopetas de la misma clase.

— "Esto es lo que ha podido reunir el coronel", dijo el capitán al entregar el mando.

— "Déles salvoconducto á ver si se fortalecen, y que dejen las armas", contestó el prefecto.

Descabellada era la empresa, pero intentarla con aquellas carabinas embohecidas y con aquellas "monías" era ir á la muerte. Otro hombre que no hubiera sido el prefecto de Jimaguayú hubiera encontrado modo de quedar bien. ¡No se habían cumplido las promesas! El prefecto sin embargo, no se declaraba vencido por tan poco, y quizás el general podría creer que era cobardía!

Manos de damas distinguidas limpiaron las armas; con las menos malas y con unos pocos rillos, organizó el prefecto su docena y media de guajiros, recios y fuertes. Entregó el archivo, y sin confiar á nadie el secreto, ni comunicar siquiera á los suyos el destino de la expedición, alineados sus ginetes, desplegó la bandera, saludó al subprefecto, y á escape partió rumbo al sur. Unas veces desaparecían en la hierba crecida de las sabanas, ántes pobladas de millares de reses; otras veces atravesaban, á carrera tendida, los anchos caminos de tierra negruzca, que nadie se ocupaba de chapear; las mas se internaban, uno á uno, por las veredas cortadas en los montes seculares, veredas que parecían naves de columnas majestuosas de caoba y de cedro, de bóveda magnífica de tupido follaje, á través del cual apenas penetraban los rayos, suaves, del mediodía. A las cuatro horas de cabalgar hicieron alto, estaban en la ciénaga: por entre los tintes verdes de mangles, de cañas y de pinos se divisaba el sol encendido entre celajes de oro y llamas de fuego, poniente allá en la línea violácea del horizonte, donde se sumergía en las aguas serpenteadas de reflejos rojos, en las aguas mansas del mar Caribe.

Gradualmente fué oscureciéndose el firmamento, amontonáronse las nubes, la marse puso sombría y como muerta: como manchas, más oscuras aún, rompían la monotonía de su seno los Cayos, el Cayo Perro.

En las tres canoas, casi deshechas, y que con dificultad flotaban, cruzaron los patriotas, al anochecer la distancia que los separaba del cayo. En el embarcadero, colocó el prefecto siete hombres.

— "Que nadie entre ni salga vivo!" fué su despedida al internarse con el resto de su gente.

De pronto vieron en un limpio á cuatro marineros y á un pescador de barba blanca, preparando en una hoguera que espantaba á la vez los jejunos temibles, la comida que se disponían á saborear en paz. La sorpresa fue tan súbita que no hubo tiempo de resistir. El prefecto los declaró prisioneros, á los cuatro marineros, y al pescador, y al macho que asaban en una puya.

Los soldados procedieron, sin mas dilacion ni consejo de guerra, á despachar al último, mientras el prefecto interrogaba á los capturados.

— "¿De qué buque son Uds?"

— "Del *Neptuno*."

— "¿Y los oficiales donde están?"

— "Esta vez no han desembarcado: á nosotros nos dieron permiso, pero se presentó una vela sospechosa, y no aguardaron nuestra vuelta."

— "Ciudadano prefecto, una luz; estamos perdidos!" gritó uno de los expedicionarios.

El viejo pescador arqueó la mano rugosa sobre los ojos avezados:

— "No: esa es una goleta que echa ancla porque el viento le es contrario: el Norte va á estallar, vea las aguas que se agitan, la lluvia que empieza á caer."

— "Pues á tierra firme, que allí estaremos mejor", repuso el prefecto de Jimaguayú.

No habían arribado cuando dijo secamente:

— "Voy á atacar la goleta."

— "¿Quando?", preguntó uno.

— "Ahora mismo: el que quiera que me siga."

— "Cuidado", replicó otro: "¡acompáñanos de una y vamos á entrar en otra; si fuera en tierra..."

— "Vamos", exclamó otro: "¿con que el prefecto que es rico puede poner en peligro la vida, y nosotros, pobretes, andamos con tantos escrúpulos? A sus órdenes."

Los que titubearon, avergonzados, se disputaban los nueve lugares en las tres canoas; el resto se quedó custodiando los prisioneros.

Ya era media noche. Ni una sola estrella había en el firmamento plumizo. Las nubes se arremolinaban, preñadas de tempestad. La lluvia finísima, fría y penetrante caía sobre la cabezas descubiertas de los patriotas. Los mangles y los hombres se confundían en las sombras vagas de la orilla. Las canoas cabeceaban y se sacudían en la mar negra y picada. La luz que oscilaba en el mástil de la goleta á veces desaparecía en las nieblas de aquella noche borrascosa de Diciembre. Remando lentamente se acercaban las tres canoas; cuando llegaron á seis varas de aquella especie de masa negra, informe, el ruido de la lluvia que caía sobre las olas embravecidas arceaba; relampagueaba, con vívidos zig-zags azules; las descargas del trueno, repetidas por el eco, salían como del fondo del averno. Se estremecieron los guajiros—los hombres que jamás habían conocido el miedo: temblando el ayudante del prefecto, le asía por el brazo, y castañeteándole los mandíbulas, horrorizado balbuceaba: "¡Es un navío de guerra!" En su imaginación exaltada, los adornos pintados de negro sobre el casco gris eran las bocas de los cañones; el trueno, las detonaciones; los relámpagos, los chispazos! Las palabras del oficial se perdieron en el ruido sordo del oleaje enfurecido; un fuerte golpe de mar lanzó contra la goleta las tres canoas, una contra la popa, otra á estribor, otra á babor: un segundo despues, ¡sabe Dios cómo!, los nueve patriotas, con el prefecto á la cabeza, estaban en la cubierta. Las canoas se las llevaban las olas.

La tripulación se persignaba; un monstruo marino se le había metido á bordo; aquellos aceros que flameaban no eran media docena de machetes, sino centenares de peces espadas que pronto los tajarían de pecho á espalda; cuando se oyó la voz vibrante del prefecto: "todo el mundo arriba, y boca-abajo!" no hubo quien no obedeciera. El capitán lo único que dijo fué:

— "Vamos á Cienfuegos, somos gente de paz, señor General."

— "Bueno, pues ahora sois prisioneros de guerra; pero en nombre de la República de Cuba os prometo perdonaros la vida."

El prefecto no pudo contener los hurras que salían entusiastas de cubanos y españoles por la patria libre.

A la una se despejaba un poco la noche; los botes de la goleta habían traído al resto de los patriotas; el capitán viraba de rumbo; los marineros desplegaban las velas recojidas hasta entonces, que se henchían, palpitantes y tersas, de viento propicio; la goleta, con sus diez marineros, al servicio de la libertad, y la docena y media de patriotas orgullosos, se alejaba del Cayo Perro, dejando tras sí luminoso rastro, la estela fosforescente de los trópicos. En la proa, solitario, se erguía, alto como la palma, el prefecto de Jimaguayú, con sus ojos radiantes y llenos de esperanza; le representaba acaso en el oído el tratamiento del capitán: "mi general," ó soñaba con la gloria de pasear triunfante el pabellón de la estrella solitaria?

Al romper el alba, cuando las nubes tristes hubieron, cuando la lluvia había cesado, y espléndida la aurora sobre la playa verde y arenosa, la goleta volaba por las olas azules y límpidas. Estaban en Macurijes.

En un lugar resguardado hizo el prefecto encallar la embarcación. Despues mandó cortar los palos y cubrirla con los bjuicos y los mangles para que no pudiesen descubrirla las cañoneras enemigas.

¡Cada vez que el hacha caía sobre los mástiles, los guajiros sentían el filo frío en el corazón! cuando vieron la goleta sepultada, y al prefecto disponiendo la marcha, bajaron la cabeza, y se les aguraron los ojos.

¡Por tan poco tiempo habían gozado de su victoria! ¡es tan desgarrador abandonar lo que se empieza á querer como cosa propia!

Pero á nadie le dolía mas que al prefecto de Jimaguayú abandonar los planes proyectados, las ilusiones tentadoras. ¡Qué podía hacer aquella paloma veloz, indefensa, contra los buitres crueles de talones de hierro!

El prefecto ordenó inmediatamente la marcha, y con risa histérica pronunció estas palabras: "No hay que entristecerse porque se queda solo *El Catalan*; pronto tendrá compañía. ¡Te damos nuestra palabra, *Catalan*, de que será digna de tí!"

Desde el zenit brillaba el sol de primavera, en el cielo diáfano y sin nubes. La mar parecía de zafiro oscuro. En la vegetación frondosa y embalsamada de la playa, se ocultaba la desembocadura del estero estrecho y bajo. A través de sus aguas transparentes, que desaparecían allá á lo lejos en

— "¿Quando?", preguntó uno.

— "Ahora mismo: el que quiera que me siga."

— "Cuidado", replicó otro: "¡acompáñanos de una y vamos á entrar en otra; si fuera en tierra..."

— "Vamos", exclamó otro: "¿con que el prefecto que es rico puede poner en peligro la vida, y nosotros, pobretes, andamos con tantos escrúpulos? A sus órdenes."

Los que titubearon, avergonzados, se disputaban los nueve lugares en las tres canoas; el resto se quedó custodiando los prisioneros.

Ya era media noche. Ni una sola estrella había en el firmamento plumizo. Las nubes se arremolinaban, preñadas de tempestad. La lluvia finísima, fría y penetrante caía sobre la cabezas descubiertas de los patriotas. Los mangles y los hombres se confundían en las sombras vagas de la orilla. Las canoas cabeceaban y se sacudían en la mar negra y picada. La luz que oscilaba en el mástil de la goleta á veces desaparecía en las nieblas de aquella noche borrascosa de Diciembre. Remando lentamente se acercaban las tres canoas; cuando llegaron á seis varas de aquella especie de masa negra, informe, el ruido de la lluvia que caía sobre las olas embravecidas arceaba; relampagueaba, con vívidos zig-zags azules; las descargas del trueno, repetidas por el eco, salían como del fondo del averno. Se estremecieron los guajiros—los hombres que jamás habían conocido el miedo: temblando el ayudante del prefecto, le asía por el brazo, y castañeteándole los mandíbulas, horrorizado balbuceaba: "¡Es un navío de guerra!" En su imaginación exaltada, los adornos pintados de negro sobre el casco gris eran las bocas de los cañones; el trueno, las detonaciones; los relámpagos, los chispazos! Las palabras del oficial se perdieron en el ruido sordo del oleaje enfurecido; un fuerte golpe de mar lanzó contra la goleta las tres canoas, una contra la popa, otra á estribor, otra á babor: un segundo despues, ¡sabe Dios cómo!, los nueve patriotas, con el prefecto á la cabeza, estaban en la cubierta. Las canoas se las llevaban las olas.

La tripulación se persignaba; un monstruo marino se le había metido á bordo; aquellos aceros que flameaban no eran media docena de machetes, sino centenares de peces espadas que pronto los tajarían de pecho á espalda; cuando se oyó la voz vibrante del prefecto: "todo el mundo arriba, y boca-abajo!" no hubo quien no obedeciera. El capitán lo único que dijo fué:

— "Vamos á Cienfuegos, somos gente de paz, señor General."

— "Bueno, pues ahora sois prisioneros de guerra; pero en nombre de la República de Cuba os prometo perdonaros la vida."

El prefecto no pudo contener los hurras que salían entusiastas de cubanos y españoles por la patria libre.

A la una se despejaba un poco la noche; los botes de la goleta habían traído al resto de los patriotas; el capitán viraba de rumbo; los marineros desplegaban las velas recojidas hasta entonces, que se henchían, palpitantes y tersas, de viento propicio; la goleta, con sus diez marineros, al servicio de la libertad, y la docena y media de patriotas orgullosos, se alejaba del Cayo Perro, dejando tras sí luminoso rastro, la estela fosforescente de los trópicos. En la proa, solitario, se erguía, alto como la palma, el prefecto de Jimaguayú, con sus ojos radiantes y llenos de esperanza; le representaba acaso en el oído el tratamiento del capitán: "mi general," ó soñaba con la gloria de pasear triunfante el pabellón de la estrella solitaria?

Al romper el alba, cuando las nubes tristes hubieron, cuando la lluvia había cesado, y espléndida la aurora sobre la playa verde y arenosa, la goleta volaba por las olas azules y límpidas. Estaban en Macurijes.

En un lugar resguardado hizo el prefecto encallar la embarcación. Despues mandó cortar los palos y cubrirla con los bjuicos y los mangles para que no pudiesen descubrirla las cañoneras enemigas.

¡Cada vez que el hacha caía sobre los mástiles, los guajiros sentían el filo frío en el corazón! cuando vieron la goleta sepultada, y al prefecto disponiendo la marcha, bajaron la cabeza, y se les aguraron los ojos.

¡Por tan poco tiempo habían gozado de su victoria! ¡es tan desgarrador abandonar lo que se empieza á querer como cosa propia!

Pero á nadie le dolía mas que al prefecto de Jimaguayú abandonar los planes proyectados, las ilusiones tentadoras. ¡Qué podía hacer aquella paloma veloz, indefensa, contra los buitres crueles de talones de hierro!

El prefecto ordenó inmediatamente la marcha, y con risa histérica pronunció estas palabras: "No hay que entristecerse porque se queda solo *El Catalan*; pronto tendrá compañía. ¡Te damos nuestra palabra, *Catalan*, de que será digna de tí!"

Desde el zenit brillaba el sol de primavera, en el cielo diáfano y sin nubes. La mar parecía de zafiro oscuro. En la vegetación frondosa y embalsamada de la playa, se ocultaba la desembocadura del estero estrecho y bajo. A través de sus aguas transparentes, que desaparecían allá á lo lejos en

— "¿Quando?", preguntó uno.

— "Ahora mismo: el que quiera que me siga."

— "Cuidado", replicó otro: "¡acompáñanos de una y vamos á entrar en otra; si fuera en tierra..."

— "Vamos", exclamó otro: "¿con que el prefecto que es rico puede poner en peligro la vida, y nosotros, pobretes, andamos con tantos escrúpulos? A sus órdenes."

Los que titubearon, avergonzados, se disputaban los nueve lugares en las tres canoas; el resto se quedó custodiando los prisioneros.

Ya era media noche. Ni una sola estrella había en el firmamento plumizo. Las nubes se arremolinaban, preñadas de tempestad. La lluvia finísima, fría y penetrante caía sobre la cabezas descubiertas de los patriotas. Los mangles y los hombres se confundían en las sombras vagas de la orilla. Las canoas cabeceaban y se sacudían en la mar negra y picada. La luz que oscilaba en el mástil de la goleta á veces desaparecía en las nieblas de aquella noche borrascosa de Diciembre. Remando lentamente se acercaban las tres canoas; cuando llegaron á seis varas de aquella especie de masa negra, informe, el ruido de la lluvia que caía sobre las olas embravecidas arceaba; relampagueaba, con vívidos zig-zags azules; las descargas del trueno, repetidas por el eco, salían como del fondo del averno. Se estremecieron los guajiros—los hombres que jamás habían conocido el miedo: temblando el ayudante del prefecto, le asía por el brazo, y castañeteándole los mandíbulas, horrorizado balbuceaba: "¡Es un navío de guerra!" En su imaginación exaltada, los adornos pintados de negro sobre el casco gris eran las bocas de los cañones; el trueno, las detonaciones; los relámpagos, los chispazos! Las palabras del oficial se perdieron en el ruido sordo del oleaje enfurecido; un fuerte golpe de mar lanzó contra la goleta las tres canoas, una contra la popa, otra á estribor, otra á babor: un segundo despues, ¡sabe Dios cómo!, los nueve patriotas, con el prefecto á la cabeza, estaban en la cubierta. Las canoas se las llevaban las olas.

La tripulación se persignaba; un monstruo marino se le había metido á bordo; aquellos aceros que flameaban no eran media docena de machetes, sino centenares de peces espadas que pronto los tajarían de pecho á espalda; cuando se oyó la voz vibrante del prefecto: "todo el mundo arriba, y boca-abajo!" no hubo quien no obedeciera. El capitán lo único que dijo fué:

— "Vamos á Cienfuegos, somos gente de paz, señor General."

— "Bueno, pues ahora sois prisioneros de guerra; pero en nombre de la República de Cuba os prometo perdonaros la vida."

El prefecto no pudo contener los hurras que salían entusiastas de cubanos y españoles por la patria libre.

A la una se despejaba un poco la noche; los botes de la goleta habían traído al resto de los patriotas; el capitán viraba de rumbo; los marineros desplegaban las velas recojidas hasta entonces, que se henchían, palpitantes y tersas, de viento propicio; la goleta, con sus diez marineros, al servicio de la libertad, y la docena y media de patriotas orgullosos, se alejaba del Cayo Perro, dejando tras sí luminoso rastro, la estela fosforescente de los trópicos. En la proa, solitario, se erguía, alto como la palma, el prefecto de Jimaguayú, con sus ojos radiantes y llenos de esperanza; le representaba acaso en el oído el tratamiento del capitán: "mi general," ó soñaba con la gloria de pasear triunfante el pabellón de la estrella solitaria?

Al romper el alba, cuando las nubes tristes hubieron, cuando la lluvia había cesado, y espléndida la aurora sobre la playa verde y arenosa, la goleta volaba por las olas azules y límpidas. Estaban en Macurijes.

En un lugar resguardado hizo el prefecto encallar la embarcación. Despues mandó cortar los palos y cubrirla con los bjuicos y los mangles para que no pudiesen descubrirla las cañoneras enemigas.

¡Cada vez que el hacha caía sobre los mástiles, los guajiros sentían el filo frío en el corazón! cuando vieron la goleta sepultada, y al prefecto disponiendo la marcha, bajaron la cabeza, y se les aguraron los ojos.

¡Por tan poco tiempo habían gozado de su victoria! ¡es tan desgarrador abandonar lo que se empieza á querer como cosa propia!

Pero á nadie le dolía mas que al prefecto de Jimaguayú abandonar los planes proyectados, las ilusiones tentadoras. ¡Qué podía hacer aquella paloma veloz, indefensa, contra los buitres crueles de talones de hierro!

El prefecto ordenó inmediatamente la marcha, y con risa histérica pronunció estas palabras: "No hay que entristecerse porque se queda solo *El Catalan*; pronto tendrá compañía. ¡Te damos nuestra palabra, *Catalan*, de que será digna de tí!"

Desde el zenit brillaba el sol de primavera, en el cielo diáfano y sin nubes. La mar parecía de zafiro oscuro. En la vegetación frondosa y embalsamada de la playa, se ocultaba la desembocadura del estero estrecho y bajo. A través de sus aguas transparentes, que desaparecían allá á lo lejos en

— "¿Quando?", preguntó uno.

— "Ahora mismo: el que quiera que me siga."

— "Cuidado", replicó otro: "¡acompáñanos de una y vamos á entrar en otra; si fuera en tierra..."

— "Vamos", exclamó otro: "¿con que el prefecto que es rico puede poner en peligro la vida, y nosotros, pobretes, andamos con tantos escrúpulos? A sus órdenes."

Los que titubearon, avergonzados, se disputaban los nueve lugares en las tres canoas; el resto se quedó custodiando los prisioneros.

Ya era media noche. Ni una sola estrella había en el firmamento plumizo. Las nubes se arremolinaban, preñadas de tempestad. La lluvia finísima, fría y penetrante caía sobre la cabezas descubiertas de los patriotas. Los mangles y los hombres se confundían en las sombras vagas de la orilla. Las canoas cabeceaban y se sacudían en la mar negra y picada. La luz que oscilaba en el mástil de la goleta á veces desaparecía en las nieblas de aquella noche borrascosa de Diciembre. Remando lentamente se acercaban las tres canoas; cuando llegaron á seis varas de aquella especie de masa negra, informe, el ruido de la lluvia que caía sobre las olas embravecidas arceaba; relampagueaba, con vívidos zig-zags azules; las descargas del trueno, repetidas por el eco, salían como del fondo del averno. Se estremecieron los guajiros—los hombres que jamás habían conocido el miedo: temblando el ayudante del prefecto, le asía por el brazo, y castañeteándole los mandíbulas, horrorizado balbuceaba: "¡Es un navío de guerra!" En su imaginación exaltada, los adornos pintados de negro sobre el casco gris eran las bocas de los cañones; el trueno, las detonaciones; los relámpagos, los chispazos! Las palabras del oficial se perdieron en el ruido sordo del oleaje enfurecido; un fuerte golpe de mar lanzó contra la goleta las tres canoas, una contra la popa, otra á estribor, otra á babor: un segundo despues, ¡sabe Dios cómo!, los nueve patriotas, con el prefecto á la cabeza, estaban en la cubierta. Las canoas se las llevaban las olas.

La tripulación se persignaba; un monstruo marino se le había metido á bordo; aquellos aceros que flameaban no eran media docena de machetes, sino centenares de peces espadas que pronto los tajarían de pecho á espalda; cuando se oyó la voz vibrante del prefecto: "todo el mundo arriba, y boca-abajo!" no hubo quien no obedeciera. El capitán lo único que dijo fué:

— "Vamos á Cienfuegos, somos gente de paz, señor General."

— "Bueno, pues ahora sois prisioneros de guerra; pero en nombre de la República de Cuba os prometo perdonaros la vida."

El prefecto no pudo contener los hurras que salían entusiastas de cubanos y españoles por la patria libre.

A la una se despejaba un poco la noche; los botes de la goleta habían traído al resto de los patriotas; el capitán viraba de rumbo; los marineros desplegaban las velas recojidas hasta entonces, que se henchían, palpitantes y tersas, de viento propicio; la goleta, con sus diez marineros, al servicio de la libertad, y la docena y media de patriotas orgullosos, se alejaba del Cayo Perro, dejando tras sí luminoso rastro, la estela fosforescente de los trópicos. En la proa, solitario, se erguía, alto como la palma, el prefecto de Jimaguayú, con sus ojos radiantes y llenos de esperanza; le representaba acaso en el oído el tratamiento del capitán: "mi general," ó soñaba con la gloria de pasear triunfante el pabellón de la estrella solitaria?

Al romper el alba, cuando las nubes tristes hubieron, cuando la lluvia había cesado, y espléndida la aurora sobre la playa verde y arenosa, la goleta volaba por las olas azules y límpidas. Estaban en Macurijes.

En un lugar resguardado hizo el prefecto encallar la embarcación. Despues mandó cortar los palos y cubrirla con los bjuicos y los mangles para que no pudiesen descubrirla las cañoneras enemigas.

¡Cada vez que el hacha caía sobre los mástiles, los guajiros sentían el filo frío en el corazón! cuando vieron la goleta sepultada, y al prefecto disponiendo la marcha, bajaron la cabeza, y se les aguraron los ojos.

¡Por tan poco tiempo habían gozado de su victoria! ¡es tan desgarrador abandonar lo que se empieza á querer como cosa propia!

Pero á nadie le dolía mas que al prefecto de Jimaguayú abandonar los planes proyectados, las ilusiones tentadoras. ¡Qué podía hacer aquella paloma veloz, indefensa, contra los buitres crueles de talones de hierro!

El prefecto ordenó inmediatamente la marcha, y con risa histérica pronunció estas palabras: "No hay que entristecerse porque se queda solo *El Catalan*; pronto tendrá compañía. ¡Te damos nuestra palabra, *Catalan*, de que será digna de tí!"

Desde el zenit brillaba el sol de primavera, en el cielo diáfano y sin nubes. La mar parecía de zafiro oscuro. En la vegetación frondosa y embalsamada de la playa, se ocultaba la desembocadura del estero estrecho y bajo. A través de sus aguas transparentes, que desaparecían allá á lo lejos en

— "¿Quando?", preguntó uno.

— "Ahora mismo: el que quiera que me siga."

— "Cuidado", replicó otro: "¡acompáñanos de una y vamos á entrar en otra; si fuera en tierra..."

— "Vamos", exclamó otro: "¿con que el prefecto que es rico puede poner en peligro la vida, y nosotros, pobretes, andamos con tantos escrúpulos? A sus órdenes."

Los que titubearon, avergonzados, se disputaban los nueve lugares en las tres canoas; el resto se quedó custodiando los prisioneros.

Ya era media noche. Ni una sola estrella había en el firmamento plumizo. Las nubes se arremolinaban, preñadas de tempestad. La lluvia finísima, fría y penetrante caía sobre la cabezas descubiertas de los patriotas. Los mangles y los hombres se confundían en las sombras vagas de la orilla. Las canoas cabeceaban y se sacudían en la mar negra y picada. La luz que oscilaba en el mástil de la goleta á veces desaparecía en las nieblas de aquella noche borrascosa de Diciembre. Remando lentamente se acercaban las tres canoas; cuando llegaron á seis varas de aquella especie de masa negra, informe, el ruido de la lluvia que caía sobre las olas embravecidas arceaba; relampagueaba, con vívidos zig-zags azules; las descargas del trueno, repetidas por el eco, salían como del fondo del averno. Se estremecieron los guajiros—los hombres que jamás habían conocido el miedo: temblando el ayudante del prefecto, le asía por el brazo, y castañeteándole los mandíbulas, horrorizado balbuceaba: "¡Es un navío de guerra!" En su imaginación exaltada, los adornos pintados de negro sobre el casco gris eran las bocas de los cañones; el trueno, las detonaciones; los relámpagos, los chispazos! Las palabras del oficial se perdieron en el ruido sordo del oleaje enfurecido; un fuerte golpe de mar lanzó contra la goleta las tres canoas, una contra la popa, otra á estribor, otra á babor: un segundo despues, ¡sabe Dios cómo!, los nueve patriotas, con el prefecto á la cabeza, estaban en la cubierta. Las canoas se las llevaban las olas.

La tripulación se persignaba; un monstruo marino se le había metido á bordo; aquellos aceros que flameaban no eran media docena de machetes, sino centenares de peces espadas que pronto los tajarían de pecho á espalda; cuando se oyó la voz vibrante del prefecto: "todo el mundo arriba, y boca-abajo!" no hubo quien no obedeciera. El capitán lo único que dijo fué:

— "Vamos á Cienfuegos, somos gente de paz, señor General."

— "Bueno, pues ahora sois prisioneros de guerra; pero en nombre de la República de Cuba os prometo perdonaros la vida."

El prefecto no pudo contener los hurras que salían entusiastas de cubanos y españoles por la patria libre.

A la una se despejaba un poco la noche; los botes de la goleta habían traído al resto de los patriotas; el capitán viraba de rumbo; los marineros desplegaban las velas recojidas hasta entonces, que se henchían, palpitantes y tersas, de viento propicio; la goleta, con sus diez marineros, al servicio de la libertad, y la docena y media de patriotas orgullosos, se alejaba del Cayo Perro, dejando tras sí luminoso rastro, la estela fosforescente de los trópicos. En la proa, solitario, se erguía, alto como la palma, el prefecto de Jimaguayú, con sus ojos radiantes y llenos de esperanza; le representaba acaso en el oído el tratamiento del capitán: "mi general," ó soñaba con la gloria de pasear triunfante el pabellón de la estrella solitaria?

Al romper el alba, cuando las nubes tristes hubieron, cuando la lluvia había cesado, y espléndida la aurora sobre la playa verde y arenosa, la goleta volaba por las olas azules y límpidas. Estaban en Macurijes.

En un lugar resguardado hizo el prefecto encallar la embarcación. Despues mandó cortar los palos y cubrirla con los bjuicos y los mangles para que no pudiesen descubrirla las cañoneras enemigas.

¡Cada vez que el hacha caía sobre los mástiles, los guajiros sentían el filo frío en el corazón! cuando vieron la goleta sepultada, y al prefecto disponiendo la marcha, bajaron la cabeza, y se les aguraron los ojos.

¡Por tan poco tiempo habían gozado de su victoria! ¡es tan desgarrador abandonar lo que se empieza á querer como cosa propia!

Pero á nadie le dolía mas que al prefecto de Jimaguayú abandonar los planes proyectados, las ilusiones tentadoras. ¡Qué podía hacer aquella paloma veloz, indefensa, contra los buitres crueles de talones de hierro!

El prefecto ordenó inmediatamente la marcha, y con risa histérica pronunció estas palabras: "No hay que entristecerse porque se queda solo *El Catalan*; pronto tendrá compañía. ¡Te damos nuestra palabra, *Catalan*, de que será digna de tí!"

Desde el zenit brillaba el sol de primavera, en el cielo diáfano y sin nubes. La mar parecía de zafiro oscuro. En la vegetación frondosa y embalsamada de la playa, se ocultaba la desembocadura del estero estrecho y bajo. A través de sus aguas transparentes, que desaparecían allá á lo lejos en

— "¿Quando?", preguntó uno.

— "Ahora mismo: el que quiera que me siga."

— "Cuidado", replicó otro: "¡acompáñanos de una y vamos á entrar en otra; si fuera en tierra..."

— "Vamos", exclamó otro: "¿con que el prefecto que es rico puede poner en peligro la vida, y nosotros, pobretes, andamos con tantos escrúpulos? A sus órdenes."

Los que titubearon, avergonzados, se disputaban los nueve lugares en las tres canoas; el resto se quedó custodiando los prisioneros.

Ya era media noche. Ni una sola estrella había en el firmamento plumizo. Las nubes se arremolinaban, preñadas de tempestad. La lluvia finísima, fría y penetrante caía sobre la cabezas descubiertas de los patriotas. Los mangles y los hombres se confundían en las sombras vagas de la orilla. Las canoas cabeceaban y se sacudían en la mar negra y picada. La luz que oscilaba en el mástil de la goleta á veces desaparecía en las nieblas de aquella noche borrascosa de Diciembre. Remando lentamente se acercaban las tres canoas; cuando llegaron á seis varas de aquella especie de masa negra, informe, el ruido de la lluvia que caía sobre las olas embravecidas arceaba; relampagueaba, con vívidos zig-zags azules; las descargas del trueno, repetidas por el eco, salían como del fondo del averno. Se estremecieron los guajiros—los hombres que jamás habían conocido el miedo: temblando el ayudante del prefecto, le asía por el brazo, y castañeteándole los mandíbulas, horrorizado balbuceaba: "¡Es un navío de guerra!" En su imaginación exaltada, los adornos pintados de negro sobre el casco gris eran las bocas de los cañones; el trueno, las detonaciones; los relámpagos, los chispazos! Las palabras del oficial se perdieron en el ruido sordo del oleaje enfurecido; un fuerte golpe de mar lanzó contra la goleta las tres canoas, una contra la popa, otra á estribor, otra á babor: un segundo despues, ¡sabe Dios cómo!, los nueve patriotas, con el prefecto á la cabeza, estaban en la cubierta. Las canoas se las llevaban las olas.

La tripulación se persignaba; un monstruo marino se le había metido á bordo; aquellos aceros que flameaban no eran media docena de machetes, sino centenares de peces espadas que pronto los tajarían de pecho á espalda; cuando se oyó la voz vibrante del prefecto: "todo el mundo arriba, y boca-abajo!" no hubo quien no obedeciera. El capitán lo único que dijo fué:

— "Vamos á Cienfuegos, somos gente de paz, señor General."

— "Bueno, pues ahora sois prisioneros de guerra; pero en nombre de la República de Cuba os prometo perdonaros la vida."

El prefecto no pudo contener los hurras que salían entusiastas de cubanos y españoles por la patria libre.

A la una se despejaba un poco la noche; los botes de la goleta habían traído al resto de los patriotas; el capitán viraba de rumbo; los marineros desplegaban las velas recojidas hasta entonces, que se henchían, palpitantes y tersas, de viento propicio; la goleta, con sus diez marineros, al servicio de la libertad, y la docena y media de patriotas orgullosos, se alejaba del Cayo Perro, dejando tras sí luminoso rastro, la estela fosforescente de los trópicos. En la proa, solitario, se erguía, alto como la palma, el prefecto de Jimaguayú, con sus ojos radiantes y llenos de esperanza; le representaba acaso en el oído el tratamiento del capitán: "mi general," ó soñaba con la gloria de pasear triunfante el pabellón de la estrella solitaria?

Al romper el alba, cuando las nubes tristes hubieron, cuando la lluvia había cesado, y espléndida la aurora sobre la playa verde y arenosa, la goleta volaba por las olas azules y límpidas. Estaban en Macurijes.

En un lugar resguardado hizo el prefecto encallar la embarcación. Despues mandó cortar los palos y cubrirla con los bjuicos y los mangles para que no pudiesen descubrirla las cañoneras enemigas.

¡Cada vez que el hacha caía sobre los mástiles, los guajiros sentían el filo frío en el corazón! cuando vieron la goleta sepultada, y al prefecto disponiendo la marcha, bajaron la cabeza, y se les aguraron los ojos.

¡Por tan poco tiempo habían gozado de su victoria! ¡es tan desgarrador abandonar lo que se empieza á querer como cosa propia!

Pero á nadie le dolía mas que al prefecto de Jimaguayú abandonar los planes proyectados, las ilusiones tentadoras. ¡Qué podía hacer aquella paloma veloz, indefensa, contra los buitres crueles de talones de hierro!

El prefecto ordenó inmediatamente la marcha, y con risa histérica pronunció estas palabras: "No hay que entristecerse porque se queda solo *El Catalan*; pronto tendrá compañía. ¡Te damos nuestra palabra, *Catalan*, de que será digna de tí!"

Desde el zenit brillaba el sol de primavera, en el cielo diáfano y sin nubes. La mar parecía de zafiro oscuro. En la vegetación frondosa y embalsamada de la playa, se ocultaba la desembocadura del estero estrecho y bajo. A través de sus aguas transparentes, que desaparecían allá á lo lejos en

— "¿Quando?", preguntó uno.

— "Ahora mismo: el que quiera que me siga."

— "Cuidado", replicó otro: "¡acompáñanos de una y vamos á entrar en otra; si fuera en tierra..."

— "Vamos", exclamó otro: "¿con que el prefecto que es rico puede poner en peligro la vida, y nosotros, pobretes, andamos con tantos escrúpulos? A sus órdenes."

Los que titubearon, avergonzados, se disputaban los nueve lugares en las tres canoas; el resto se quedó custodiando los prisioneros.

Ya era media noche. Ni una sola estrella había en el firmamento plumizo. Las nubes se arremolinaban, preñadas de tempestad. La lluvia finísima, fría y penetrante caía sobre la cabezas descubiertas de los patriotas. Los mangles y los hombres se confundían en las sombras vagas de la orilla. Las canoas cabeceaban y se sacudían en la mar negra y picada. La luz que oscilaba en el mástil de la goleta á veces desaparecía en las nieblas de aquella noche borrascosa de Diciembre. Remando lentamente se acercaban las tres canoas; cuando llegaron á seis varas de aquella especie de masa negra, informe, el ruido de la lluvia que caía sobre las olas embravecidas arceaba; relampagueaba, con vívidos zig-zags azules; las descargas del trueno, repetidas por el eco, salían como del fondo del averno. Se estremecieron los guajiros—los hombres que jamás habían conocido el miedo: temblando el ayudante del prefecto, le asía por el brazo, y castañeteándole los mandíbulas, horrorizado balbuceaba: "¡Es un navío de guerra!" En su imaginación exaltada, los adornos pintados de negro sobre el casco gris eran las bocas de los cañones; el trueno

un pruto negro, las fantásticas plantas marinas, lucian en formas caprichosas sus matices delicados y encantadores. Nó había mas señal de vida en aquel paisaje plácido que la suave ondulacion de las ramas lustro en flor, las yaguasas que ale-teaban entre los mangles y los flamencos blancos y rosados que paseaban con majestad la orilla tapi-zada de verdor.

De pronto las yaguasas emprendieron su vuelo pesado, los flamencos corrían á esconderse. Los ahuyentaba el ruido que hacía al abrirse paso con su machete por entre los arbustos un hombre de gigantesca estatura, que vestía la chamarreta insurrecta y llevaba en el sombrero de yarey la estrella de Yara; le seguían nueve hombres. Era el prefecto de Jimaguayú y los soldados que le quedaban de los dieciocho de su fuerza: en pocos meses la mitad había muerto, únos en combate con el enemigo, ótros, víctimas del cólera, habían sido quemados en las hogueras lúgubres, que se levantan en los campos cual piras humeantes del sacrificio por la libertad!

El prefecto reconoció el terreno; dirigió la vista hacia el mar; divisó una goleta de casco oscuro que anclaba.

—“¡Esa es!” exclamó, colocando á su gente en ambos lados del estero, y añadió: “no disparen un solo tiro hasta que yo dé la órden.”

De la goleta echaron al agua un bote grande; cinco hombres saltaron á él, examinaron la costa con un antejo, y como que todo estaba en calma, tomaron rumbo al estero. Al entrar en él de nuevo escudriñaron la playa.

—“¡Nadie!” dijo el que los mandaba, que era un teniente de voluntarios; “podremos hacernos de víveres, y en verdad que los necesitamos, porque estos *mambises* nos están dando trabajo en Santa Cruz.”

Cuando el bote hubo pasado por donde estaban los patriotas escondidos, el prefecto agitó el sombrero, y dió el ¡quien vive! Los españoles vieron que no podían regresar á la goleta: la retirada era imposible: en su afán de salvarse, volcaron el bote, é intentaron huir por la ciénaga. El prefecto despachó su gente á cazarlos; como á *fibaras* los persiguieron. Uno despues de otro los traían enfangados de piés á cabeza. El último que capturaron fué el oficial de voluntarios, que no era otro que un español rico, amo de ingenio; sus galones estaban, como el uniforme de dril, cubiertos de lodo. Al ver al prefecto, lo fué á abrazar: “¡Mi amigo! ¡tú aquí! no me has reconocido; tú sabes que nosotros los españoles somos hermanos de Uds: únicamente que no queremos la libertad de los esclavos.” La palabra: “hermano”, —tres tenía el prefecto de Jimaguayú que servían al gobierno español—hizo que el prefecto se pusiera color de púrpura, y contestó lleno de indignacion: “Los que luchan contra la independencia, no son hermanos de los que tienen vergüenza y cumplen con su deber.” Despues, calmándose, le preguntó: “¿Cuántos quedan en la goleta?”

—“Dos.”
—“Pues bien, si son más ó disparan un solo tiro, los echamos á todos Uds. al agua.”

Los dos marineros en la goleta, al ver venir el bote con tanta gente extraña, se subieron en las vergas, desde donde miraban asombrados. El prefecto dijo al dueño de la goleta: “Mándales que bajen la escala.”

Así lo hizo, y los marineros obedecieron. Los cubanos enarbolaron la bandera tricolor. “Esta vez, ciudadano prefecto, nos armamos en corsario.” El prefecto, sin pronunciar una frase, les señaló en lontananza unas espirales que no eran nubes, y volviéndose á los marineros, les ordenó que empujaran la goleta lo mas adentro posible en el estero. La embarcacion cesó de flotar; la tripulacion tumbó los palos; *Maria Francisca* pronto quedó cubierta de arbustos y de mangles.

Cuando el buque de guerra español casi rozaba la costa, el prefecto puso en fila á sus nueve soldados orgullosos, y á los siete prisioneros á quienes había asegurado la vida, é indicándoles la punta de Macurijes, que se veía allá á lo léjos en medio de la brumas, pronunció con voz vibrante estas palabras, antes de partir en busca del Presidente de la República: “*Catalan*: ya te cumplimos la promesa; ya no estas solo: cerca de tí dejamos una compañera digna: *Maria Francisca*.”

¡Ojalá que cuando nos llegue á nosotros la hora de descansar, reposemos, á la sombra de nuestros árboles, allá en la tierra cubana que bañan las aguas azules y límpidas del mar Caribe!

GONZALO DE QUESADA.

CARTA DE TAMPA.

LA RECEPCION A RELOFF EN EL LICEO CUBANO.

Sor Director de Patria.

NEW YORK.

¡Qué bello es el pueblo lleno de amor, bondad, patriotismo y reconocimiento; cuan grande el pueblo que honra á los grandes de la Patria!

Tampa, una vez mas de fiesta! Roloff, el héroe, el que diez años día por día peleó como bueno, por la libertad de una tierra que como era la suya, es recibido por sus hermanos los cubanos, con ca-

riño, con ese cariño nacido de la simpatía y abonado por el agradecimiento: todos se disputan el gusto de estrechar su mano; los corazones llenos de amor, regocijados, puros, sinceros, rebosando nobleza, se unen para mostrarse al hijo de Polonia, al hoy huésped querido de la colonia cubana de Tampa. Verdaderos amantes de la patria cubanos por sus obras, saludan al héroe del 68, que en una reputacion bien sentada se presenta y

—“¡Cuánto placer tengo al ver tantos cubanos unidos, tantos hermanos míos! El sesenta y ocho, como soldado, ofrecí mi brazo y mi corazón; hoy, sigo siendo el mismo para Cuba; como entonces ansío volver á luchar por su independencia.”—

Llega la noche del diez. La cita, en el Liceo Cubano; la hora, las seis y media. Llegan en grupos, y todos parten en busca del huésped querido. Ya en su alojamiento se le dá aviso, sale, y es colocado á la vanguardia; tras él, marcha nuestro querido Juan Arnao, que pocas horas hacía había llegado de Cayo Hueso para reforzar esta colonia cubana. Detrás, en apretada y correcta fila, siguen todos. En el Liceo bellas damas esperaban ya al héroe polaco. La recepcion fué soberbia. El piano dejó oír sus acordes, bajo la mano magistral del distinguido pianista Sr. Arturo Alvarez, y las armonías de la Marsellesa llenaron el espacio del salon, en el cual todos los asientos, los asilos y pasillos eran pocos para contener la inmensa multitud que de pié, pecho á espaldas, vitorea á Roloff. Caila el armónico instrumento y una salva de aplausos recibe á Carolina, la patriota, al tomar asiento en el proscenio. En el centro, el Sor Federico Sanchez, Presidente del Cuerpo de Consejo, con los demás Presidentes Sres Manuel Granada, M. Santisteban y Andrés S. Yznaga. A la derecha; el General Roloff, Carolina Rodriguez y Cornelio Brito; á la izquierda J. Arnao, Dr. Hernandez, Ramon Rivero y Felix Zahonet.

Con frases de gran altura, en que reveló su alma bella y viril, hizo saber el Sr. Sanchez, que presidía, la satisfaccion y honra que le cabía al presentar al distinguido hijo de Polonia, al general cubano Carlos Roloff, que en la inolvidable epopeya de la década de Yara ocupó un puesto entre los buenos é ilustres de la Patria. En todos los pechos cubanos, dijo, se consagra un recuerdo de gratitud, se levanta un altar para los que, como los generales Gomez, Roloff y otros, aunque no nacieron en Cuba, supieron derramar su sangre por dignificarla y romper las cadenas con que su conquistadora la llevaba atada al carro de la opresion y la tiranía.

La inmensa multitud saludó con un grito y prolongado aplauso al oír mencionar el nombre del héroe de las Guásimas, el Naranjo y Moja Casaber lo mismo que al invicto Roloff, quien avanzando hácia el público, lleno de emocion y cariño, hizo una breve allocucion, mostrando entre otras cosas el placer que experimentaba viendo á tantos cubanos reunidos, y concluyendo con estas elocuentes frases—“pero mayor sería mi contento el día que os viera á todos en las maniguas. Como siempre, mi brazo está dispuesto á luchar por la independencia de Cuba. Dispensadme sino os hablo con mas estension, no quiero fatigaros: prefiero dejar esa tarea á los oradores”.

Aun no se habian acallado los aplausos, cuando anunciado el Sor Arnao se adelantó con paso firme, y con voz estentórea pronunció una concisa oracion mostrándose enemigo de los halagos: sin embargo, dijo que no tenía frases suficientes para expresar su agradecimiento hácia los hombres que como Gomez y Roloff combatieron en Cuba. Ocupóse de la tregua que lleva tres lustros y que plegada la bandera cubana y empolvada, parece que llega la hora en que se sacuda ese polvo: que con gusto veía venir hacia nosotros á los veteranos de la década pasada: que algo le decía que se despertaba del letargo en que se yacía.

Estrechos los límites para transcribir tanta frase de amor, patriotismo, verdad y cordura, lo mas á la ligera posible trazo lo que ocurrió.

Declaró á Roloff huésped distinguido el vehemente Doctor Hernandez y dijo: que lleno su pecho por la gratitud hácia el general, que aunque extranjero había sabido ocupar un puesto en el terreno de la dignidad mostrando á los cubanos el camino del deber, en todas épocas y donde quiera que esté, como cubano, como hermano, su gratitud, su cariño, su casa y persona estaban á la disposicion del General Roloff.

Invitado el mas humilde de los concurrentes, vuestro revistero, á ocupar el puesto honroso de la tribuna, reconoce que su corta inteligencia no le permite expresar los sentimientos de su alma; y sabe que solo el cariño ha movido á aquellos que le invitaron á que saludase al general: Roloff; tanto mas, cuanto que entre otros se encontraba presente el bravo Rivero que con fácil palabra y esa elocuencia innata en él, había de regalar los oídos del auditorio.

¿Quién es ese que reconoce al héroe de Sabana Nueva? Joven fogoso, saluda con frase llena de entusiasmo. La poesía, el trino, la cadencia y el método olvida, ante el recuerdo histórico. Nos trae á Bolívar; recorre en brazos de la fantasía, la historia de la independencia suramericana, para saludar, la nombre del libertador de un mundo, al hijo de la Polonia que incansable batalló diez

años por la libertad de Cuba, y hoy vuelve y dice “aun no he hecho nada.” Este hijo de la libertad, cual Garibaldi, solo desenvaina su espada por la libertad y la república sin ocuparse de la latitud ó longitud hemisférica. El auditorio había oido anunciar al bardo Felix Zahonet. Mas sin poesía renueve las cenizas de la historia y el patriotismo late y revive en los morosos al oír al soldado de Carlos Agüero.

Tocóle á mi compañero, amigo y hermano Ramon Rivero y Rivero, cerrar con broche de oro la velada. Recojío una por una las ideas de los que le habian precedido, recopiló con maestría, y en párrafos sonoros y concisos nos dió á conocer á quien los cubanos honrados ya conocen: y cuando nombró á Máximo Gomez todos los cubanos saludaron de una manera entusiasta al distinguido dominicano.

Rivero estuvo elocuente y feliz como nunca. Entre otras muchas frases de altos conceptos dijo:—

“Las leyes del progreso son inmutables; y aunque en un día no se puede cambiar los hábitos de un pueblo, la democracia se impone, hasta que llegue el día en que con las prácticas republicanas en nuestra patria libre, sin preocupaciones de razas, nacionalidad ó procedencia, formemos todos parte igual en la gran familia de la humanidad. Por eso con placer y fruicion saludo y venero la memoria del español General Villamil, del español Comandante Dorado y del español Sargento Huerta; pues no es cubano libre el que desdeña la union del español libre.”

Revistó luego los esfuerzos estériles, patrióticos y funestos, despues del Zanjón, de Pio Rosado Agüero, Limbano Sanchez, Bouachea y otros, asegurando que para eso se ha formado el Partido *Revolucionario Cubano*, que no ha de permitir se repitan esos descalabros, esos esfuerzos inútiles y estériles que tienden á retardar la preparacion de la guerra necesaria, de la guerra ineludible, de la guerra generosa y breve encaminada á asegurar en la paz y en el trabajo la felicidad de los habitantes de la isla de Cuba.

Si fuera á transcribir palabra por palabra siquiera la mitad de discurso de mi querido amigo el bravo Rivero, haría esta correspondencia mas estensa de los límites regulares; por otra parte seria tarea que no está á mi alcance, pues ni aun siquiera puedo dar una idea sucinta de toda esa joya de filigrana que cual corona de flores ricamente entretijadas de guirnalda y azucenas extendió su fragancia por el salon del Liceo la noche del viernes diez, y con el poder del buen decir supo tocar todas las fibras íntimas de aquel inmenso auditorio.

Terminóse la fiesta en aquel lugar con un viva al General Roloff y á la independencia de Cuba; y á los acordes del himno bayamés se prepararon á acompañar al querido huésped á su morada, donde continuó la celebracion y regocijo de una manera mas familiar y democrática.

He aquí, Sr. Director, aunque mal narrada, la recepcion que los cubanos de Tampa ofrecieron al digno General Roloff la noche del viernes diez de Junio de 1892, noche de grata recordacion para cuantos allí concurrimos.

Suyo affo. S. S. y compatriota.

LUIS M. RUIZ.

El Himno de Figueredo,

Y el Acompañamiento de Agramonte.

PATRIA publica hoy, para que lo entonen todos los labios y lo guarden todos los hogares; para que corran, de pena y de amor, las lágrimas de los que lo oyeron en el combate sublime por primera vez; para que espolee la sangre en las venas juveniles, el himno á cuyos acordes, en la hora mas bella y solemne de nuestra patria, se alzó el decoro dormido en el pecho de los hombres. ¡Todavía se tiembla de recordar aquella escena maravillosa! Con cariño reverente envía á PATRIA el himno desde el Cayo uno de los héroes de aquellos dias cuya bellad se procurará imitar en vano; uno de los caballeros de la independencia, que se fué del país cuando la libertad se oscureció en él, y no volverá al país sino cuando la libertad vuelva á brillar; un padre que tiene ocho hijos, y á los ocho les ha enseñado el himno; un cubano que crece cuando recuerda los años sagrados, y cuando vislumbra en el porvenir los que les van á suceder; un coronel que lleva todavía el mando en los ojos, y escribe con la pluma rápida y brillante de las batallas: Fernando Figueredo.

El acompañamiento del himno es de uno de los pocos que tuviesen derecho á poner mano en él, de nuestro maestro Emilio Agramonte, cuya alma fervorosa nunca se conmueve tanto como cuando recuerda aquellos dias de sacrificio y de gloria en que las mujeres de su casa daban sus joyas al tesoro de la guerra, en que los jóvenes de la casa salían, cuatro veces seguidas, á morir. ¡No han de ponerse las cosas santas en manos indignas! Ni quiso el maestro ilustre hacer gala de arte en la compisicion; sino de respeto al himno arrebatador y senal. ¡Oigámoslo de pié, y con las cabezas descubiertas!

Félix Figueredo.

Ha muerto en la Habana Félix Figueredo, muy conocido en la historia revolucionaria de Cuba. En el momento crítico de su vida, en el momento en que se prueba de qué está hecho el hombre, su corazón fué todo amor patrio, y dejó las tentaciones del mundo para ir á conquistar la libertad á precio de su sangre. Quien peleó por su patria una vez, no puede, al caer en la tumba, ser olvidado por los que adoran á su patria.

Alejandro Fusté.

El martes 14 del corriente fueron sepultados por sus numerosos amigos los restos mortales del ferviente patriota, amante esposo y distinguido cubano, cuyo nombre figura al frente de este escrito.

Con la pluma de nuestro dolor trazamos estas líneas como último y merecido tributo que debemos rendir al hijo de Cuba que ha muerto para siempre...

Cinco lustros apenas habitó la tierra; cuando dos años antes de esa edad feliz, unió su vida á la vida de la mujer amada, ya la enfermedad que había de sepultarlo minaba su existencia y caían marchitas las flores de su vida al soplo de la muerte.

Su vida fué breve, rápidas sus ilusiones, acerbos sus dolores. Su vista cansada de buscar alivio, engañosos tregua á tanto sufrir, contemplaba los dulces afectos de la santa esposa que quería darle vida con su ternura; se fijaba en el cielo, á donde había de volar su alma amante, y veía en él, trémulo y débil, el resplandor lejano de la esperanza.

Todo fué en vano...! Se había ocultado el sol de la vida tras el negro horizonte de la eternidad...! ¡Pobre Alejandro...! Siempre que nueue la juventud y el amor, se llena nuestra alma de melancólica tristeza y una lágrima tierna asoma á nuestros ojos... Este último sentimiento es el que hoy nos embarga al hablar del amigo, del cubano, y del patriota ejemplar, muerto en la mañana de su vida, y cuando mas necesitaban de él su ejemplar compañero y su querida patria.

Nunca el sol cubano encendió corazón mas libre y fervoroso... Murió hablando de Cuba y su destino... A ella había ido hacía tres meses á buscar remedio á sus dolores... El aire puro empapado en el aroma que destilan nuestras cañas, las colinas coronadas de nacientes arroyos, y el límpido arroyuelo que serpea en torno de valles florecientes, suspencieron un tanto sus ansios y tormentos... Así pasó algun tiempo; pero la tisis devoraba sus entrañas como corroe ponzoñoso el insecto la flor de los jardines...

Ya... ni la fuente que murmura ni el sinsonte que canta tiene vor ni atractivos para él... ya duerme para siempre bajo la losa de su sepulcro...! Amigo: allá iremos. Sean estas líneas la corona de flores que coloque la amistad en tu temprana y solitaria tumba...!

NESTOR L. CARBONEL.

EN CASA.

Por la dignidad y fortaleza de su vida; por su inteligencia rara y su modesta y gran cultura; por el cariño ternísimo y conmovedor con que acompañaba y guía en el mundo á sus dos hijos, los hijos del héroe,—respeto PATRIA y admira á la Señora Amalia Simoni, á la vinda de Ignacio Agramonte. —En su viaje á nuestra triste Cuba, le desca PATRIA mares tranquilos.

No cree el hombre de véras en la muerte hasta que su madre no se le va de entre los brazos. La madre, esté léjos ó cerca de nosotros, es el sosten de nuestra vida. Algo nos guía y ampara mientras ella no muere. La tierra, cuando ella muere, se abre debajo de los piés. ¡A que de esas palabras vanas á Manuel Gonzalez, que perdió á su hijo ayer, que pierde en Cuba á su madre ahora?

Es grato de véras, cuando se sale de la patria, hallar la patria en la tierra agena; y gozar de las novedades yankees sin caer en aquella vida extranjeriza, de hotel ó de casa de huéspedes, que suele amargar el viaje á los que no se acomodan á los hábitos secos del país. Ni nuestras familias, cuando quitan la casa, se sienten bien sin la vida del hogar.—La gente de nuestra habla tiene en New York una casa más, y de las mejores, donde disfrutar, en invierno y verano, del trato fino y cómodo de nuestras costumbres: la “Casa de Familia”. En lo mejor de New York,—en la calle 14, n. 313, al Oeste,—ofrece una familia distinguida un verdadero hogar. Allí pasó PATRIA agradables horas, entre amena conversacion y buena música. Allí se siente la mano del amigo, no la mano fria del posadero.

MANUFACTURAS

ESPAÑOLAS Y AMERICANAS QUE, ADEMAS DE LAS ARRIBA EXPRESADAS,

EMPLEAN CUBANOS Y PUERTORRIQUEÑOS.

- AMO, PEREZ & CO. Fulton y Front. ARGUELLES, ISIDRO, 172 Pearl St. ARGUELLES LOPEZ & CO. 222 Pearl St. DIAZ A. & CO. 118 Maiden Lane. GARCIA PANDO & CO. 228 Pearl St. GARCIA & VEGA, 171 Pearl St. GARCIA & GUERRA, 22 Gold St. GHIO & ROVIRA, 251 E. 33th St. GUEDALIA & CO. 543 3 Ave. JACOBY S. & CO. E. 52th St. LOPEZ R. 16 Cedar St. LOZANO PONDAS & CO. 209 Pearl St. MONNE & BRO. 39 Barclay St. M. PEREZ, 150 F. 14th St. OTTENBERG & BROS. 2d Ave. & 22d St. TORRES, J. 93 Maiden Lane.

MEDICOS

- AGRAMONTE, ENRIQUE, 267 W. 45th St. ALVAREZ, J. R. 305 E. 86th St. AMABLE F. 1636 Lexington St. ARANGO, AGUSTIN, 125 E. 26th St. BARALT, LUIS A. 250 W. 45th St. CRISPIN, ANTONIO, 1654 Madison Ave. FERNANDEZ, A. M. 140 W. 10th St. FERRER, J. M. 35 E. 31st St. GOMEZ, H. 152 W. 123d St. GUITERAS, R. 107 W. 54th St. HENNA, J. J. 8 W. 40th St. LUIS, J. J. 108 W. 61st St. MIRANDA RAMON L. 318 W. 28th St. PARRAGA, J. M. 35 City Hall Place. PORTUONDO, B. H. 419 E. 115th St. QUESADA, G. J. 307 W. 28th St. REILING, F. 210 E. 50th St. ROMERO, G. 120 E. 30th St. SAUVALLE, J. S. 228 E. 13th St. SABATER, D. 107 E. 30th St. SARLABOUS, E. J. 96 Mac Dougall St. VARONA, J. DE LA C. 327 E. 31st St. VIDAL, E. C. 241 E. 42nd St. VIDAL, J. E. 48 Beach St. Stapleton, S. L. VICTORIA, J. LOPEZ, 322 E. 60th St. ZAYAS, LINCOLN, 356 W. 50th St. F. PELL DAVIS, 320 E. 26th St. J. A. TERRY, 236 W. 4th St. E. ECHEVERRIA, 109 E. 28th St. BROOKLYN.

PERIODICOS

- EL POR VENTR. 51 New St. GACETA DEL PUEBLO, 301 3d Ave. REVISTA POPULAR, 214 Wooster St. PROFESORES DE MUSICA

ARTISTAS

- AGRAMONTE, EMILIO, 118 E. 17. CASTELLANOS, Miguel, 124 W. 127. FUENTES, PEDRO M. 132 W. 44. GODOY, JOSE, 120 W. 35. NUÑEZ, GONZALO, 1076 Lexington Ave. NAVARRO, RAFAEL, 4th Ave. Brooklyn. SALAZAR, ISABEL, 301 W. 55. SALAZAR, PEDRO, 301 W. 55. F. VANDERGUCHT, 142 W. 77th St. EDELMAN, FEDERICO, 101 W. 93. HIBENO, PATRICIO, 219, 6th Ave. MOLINA ALBERTO, 341 5th Ave. PAUL, JUAN, Young Men's Christian Association Building.

ABOGADOS

- AGRAMONTE, EMILIO, 280 Broadway. DEL PINO, EMILIO, 45 William St. GONZALEZ, ANTONIO C. 35 Broadway. JONES & GOVIN, 45 Cedar. MORALES, JOSE, 137 Broadway. PONCE DE LEON, NESTOR, 40 Broadway. QUESADA, GONZALO, 58 William. ROURA, JOSE, 4 Warren.

NOTARIOS

- GONZALEZ, ANTONIO C. 35 Broadway. MORALES, JOSE, 137 Broadway. PONCE DE LEON, JULIO, 40 Broadway. PONCE DE LEON, NESTOR, 40 Broadway. PONCE DE LEON, NESTOR, 40 Broadway.

COMERCIANTE

- ASENCIO Y OOSIO, 33 Pine St. BARRIOS, ZACARIAS, 23 Coenties Slip. BARRANCO, MANUEL, 281 Pearl St. CORDOVA, PEDRO, Corredor, 180 Pearl. GARMENDIA, F. Cotton Exchange Building. GIBERGA, BENJAMIN, 118 Wall St. GUERRA, BENJAMIN, 281 Pearl St. MARSANS, ROMULO, 118 Wall St. MOLINS, J. S. 273 Pearl St. O'KELLY, JOSE F. 142 Pearl St. PEREA, L. 119 Fulton. PIERRA, FIDEL G. 81 New St. SARIOI, ARTURO, 81 New St. SUZARTE, E. 81 New Street. VERANES, LUIS, 81 New St. ZALDO, E. 4 Cedar St. RAFAEL PEDRAJA, 4 Cedar B. SOUTO, 161 Front. CARLOS FERRER, 39 Broad. MIGUEL FERRER, 49 Liberty. ADOLFO VARONA, 136 Liberty. J. N. CESTERO, 76 Pine. VIRGILIO LOPEZ, 40 Pearl. JOSE A. GUTIERREZ, 75 Pine. ARISTIDES MARTINEZ, 207 Pearl. R. FOWLER, 138 Pearl.

COMERCIANTE

- HENRY W. PEABODY & CO., Enrique T. Martin, Director, 58 New St. BOTICAS FERRER, J. N. 1657 Second Ave. PERAZA, DOMINGO, 301 Third Ave. LOUBRIEL, M. 3d Ave. & 67th St. RESTAURANTS BOULANGER, 222 Thompson St. CALDERIN, P. 235 Sullivan. MORENO, J. 173 Prince St. POLLEGRE, GUILLELMO, 214 Pearl. INGENIEROS AGRAMONTE, EMILIO, 118 E. 17. ESCOBAR, R. Washington Building. SORZANO, J. M. P. O. Box 267. VARONA, IGNACIO M. Department of Public Works, Brooklyn. ZAYAS, OCTAVIO, 266 W. 42. A. DE SOLAR MILLS Building. ANGEL CASTRO, 312 F. 83th St. BODEGAS DESVERNINE, P. 52 Beaver St. LEZPONA, F. Maiden Lane 79. PRESIDENTES DE SOCIEDADES CUBANAS Y PUERTORRIQUEÑAS. "Ignacio Agramonte," J. F. Silva, 214 Pearl St. "La América," Francisco Lahans, 214 Pearl Street. "La Equidad," Gregorio Graupera, 1777, 3d Ave. "La Igualdad," Manuel Condonado, 544 3d Ave. "Los Treinta," P. Calderin, 235 Sullivan St. "La Fraternidad," Santos Sánchez, 12 Downing St. "La Liga," Rafael Serra, 74 W. 3d St. "San Carlos," Ensebio Diaz, 1372, 3a Ave. CLUBS POLITICOS "Borinquen," Sotero Figueroa, 124 Chambers St. "Cubaacán," Gonzalo de Quesada, 307 W. 28th St. "José Martí," Emilio Leal, 214 Pearl St. "Los Independientes," Juan Fraga, 839 Fulton St. "Pinos Nuevos," Federico Sanchez, 403 E. 83d St. "Mercedes Varona," Inocencia Figueroa, 1341 2nd Avenue. LOGIAS LOGIA "Estrella de Cuba" Benj. Giberga, Venerable maestro, 118 Wall St. LOGIA "La Fraternidad" M. Andrade, Venerable maestro, 220 East 15th St.



Doctores Costales y White 439 EVERGREEN AVENUE. BROOKLYN, N. Y. CURAN

LA TISIS, BRONQUITIS, CATARRO Y ASMA en el propio hogar de las personas atacadas, por medio de su tratamiento Especial, Científico y Curativo, al alcance de todos. Consultas de 10 a 8. Para mas informes dirigirse en persona ó por escrito.

H. W. Peabody & Ca. COMERCIANTE COMISIONISTAS EN GENERAL.

Reciben consignaciones de toda clase de productos de México, las Antillas y todo Hispano-América.

58 NEW STREET, New York. Director del Departamento Español Enrique T. Martin.



PARA BAILES. PARA TRABAJO. Es superior la Ropa de Cohen. CORTE FRANCÉS A LA ORDEN

1.000 PARES DE PANTALONES INGLESES, los mejores, moda nueva, á la Orden, á \$4.00

LEVITA Y CHALECO del mejor diagonal, con forro Belfast, á la orden, \$12

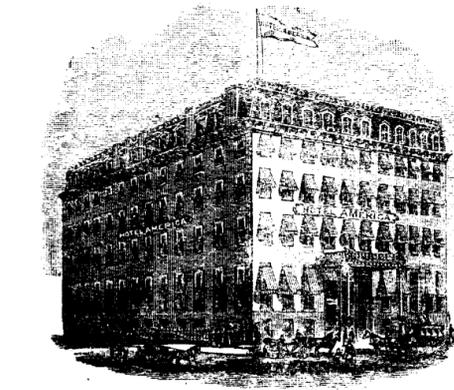
Hasta 1 1/2 año despues de la venta, forramos y renovamos nuestra ropa de valde.

COHEN & CO., Sastres Franceses, 27 y 29 ANN STREET, á una puerta de Nassau NEW YORK.

"Ensayos Políticos."

Artículos y discursos por Rafael Serra. Un volumen de 150 páginas. Agente, M. de J. Gonzalez, 206 East 85th Street.

HOTEL AMERICA,



Cable, "Berutich." Telefono, 334 18th St. Sucursal en Paris. "Hotel America." 60 Rue Lafayette. Irving Place cor. 15th St. NUEVA YORK. Hotel de Primer Orden. Precios: Cuarto solo, desde \$1.00 Con comida. \$2.50 al día, según las habitaciones. Arturo T. Berutich y Proprietarios E. Spinetti

BODEGA ESPAÑOLA, 97 Maiden Lane, NEW YORK.

ALMACEN DE VIVERES, Conservas alimenticias y vegetales, vinos, aceites, frutas en almibar etc. etc.

Todo importado para el consumo de nuestra colonia en este nuevo Mundo entre ellos encontrarán.

- Salchichones de Vich. Chorizos, garbanzos. Arroz de Castilla, Frijoles negros. Cafe, Tassajo. Quesos de almohorta. Pasta de guayaba. Chocolate de Matias Lopez. Frutas Tropicales en almibar. Butifarras Catalanas. Queso patagrus y de Plandes. Pulpa de Tamarindo. Pescadura de la Habana. Papel para Cigarros. Aceite, aceitunas. Casabe, Calamars. Jabon de Castilla. Alcahofas, Etc. Etc.

Las ordenes por correo son prontamente ejecutadas. Pidase lista de precios corrientes.

FRUGONE, BALLESTO & GIBBELLA Impresores y Traductores.



Hacen con esmero, y á precios módicos toda especie de trabajos de imprenta. PERIODICOS, LIBROS, ANUNCIOS, TRABAJOS MENORES. 178 PARK ROW, NEW YORK.



CARNE LIQUIDA.

EXTRACTO LIQUIDO DE CARNE PEPTOGENO Y PEPTONIZADO, del Dr. VALDES GARCIA, MONTEVIDEO, URUGUAY.

Medalla de Oro en las Exposiciones de Barcelona y Paris.

Es el extracto más sano y más eficaz de todos los alimentos tónicos conocidos hasta hoy día.

E. AVILA, Agente Deposito, 90 Beaver St., N. Y. Se vende en todas las Farmacias.

"Mi Primera Ofrenda"

Artículos y discursos por Gonzalo de Quesada.—Un libro de 150 páginas lujosamente impreso, con algunos grabados. Se vende en esta redacción á 50 centavos el ejemplar.

JULIAN MORENO

RESTAURANT CUBANO,

LA COMIDA ES CUBANA, ES BUENA Y ES MÓDICA.

Se sirven cantinas a domicilio. 173 Spring Street, NEW YORK.

"PATRIA."

SE PUBLICA TODOS LOS SABADOS. NUMERO, 5 CENTAVOS.

Los productos del periódico se destinan á su mantenimiento.

Todas las comunicaciones, sobre redacción ó suscripciones, deben dirigirse al Administrador J. A. AGRAMONTE.

214 Pearl St. New York.

Profesiones, Artes, Industrias Puertorriqueñas y Cubanas.

MANUFACTURAS.

- DE TABACOS, CUBANAS Y PUERTORRIQUEÑAS. ADAY, R. V. 34 Old Slip. AGUIERO, J. M. 50 Fulton St. AGUILAR, T. 236 Bleeker. BARRANCO & CO. 281 Pearl St. BETANCOURT, F. 29 Fulton St. BALMACEIDA, LUIS, 932 Columbus Ave. COSIO & CO. 130 Maiden Lane. CORDERO BROS & CO. 214 Pearl St. CORDERO Y MIRANDA, 185 Prince St. FONSECA & CO. 169 Front St. FRAGA JUAN, 839 Fulton St., Brooklyn. GALINDO, R. C. 204 1/2 Fulton St. LOPEZ HAVANA CIGAR CO. 86 Maiden Lane. MANRESA, J. 32 Platt St. MARTINEZ IBOR & CO. 89 Water St. MEDINA, ELIGIO, 6 University Place. OLIVELLA, L. 149 Bleeker St. O'FALLON, S. 627 Columbus Ave. PEREA BROS, 91 Barclay St. QUESADA, F. 320 4th Ave. RODRIGUEZ, L. 7 Courtland St. RODRIGUEZ, R. 62 E. 14 St. RODRIGUEZ, A. 5 Beckman St. ROIG, J. F. 106 Maiden Lane. SAUME, J. 195 Allen St. TRUJILLO & BENEMELIS, 18 Burling Slip. TRUJILLO & SONS, 90 Wall St. XIQUÉS, J. F. J. 489 Broadway, DENTISTAS BAZAN, ZAYAS VIRJILIO, 108 E. 17. BETANCOURT, G. A. 237 W. 134. LOPEZ, OSCAR 5th Ave. & 34th St. OCHOA, RAUL, 103 E. 14th St. SABATER, DOMINGO, 107 E. 30. ALFREDO ARGILAGOS, 154 E. 87th St. COLEGIOS PALMA, TOMAS ESTRADA, Central Valley, Orange, N. Y. QUESADA, FLORA Y LEOPOLDINA, 60 Lexington Ave.

Emilio Cordero, el valiente comandante, está de plácemes: del Cayo le ha venido la visita de su hermano Virgilio, entre todos los buenos cubanos conocido, que quiere ver el Norte del brazo de su esposa. Este apellido de Cordero sabe pelear en la guerra hasta que las piernas se le quedan en muñon; y en la paz, en la incompleta paz del extranjero, levantar una industria. ¡Estos son cubanos! De los gruñones, de los descontentos, de los impotentes no hay que sacar modelos. ¡Estos son los modelos!

Muy concurrida fué la boda de nuestra compatriota Matilde Serra, querida por cuantos conocen sus virtudes, con el caballeroso Ricardo Rodriguez. En la catedral de St. James se reunieron las muchas amistades de los novios, y la casa rebosaba. Es grato entrar en la vida por las puertas de la buena voluntad. Es grato endulzar con la amistad y el mor el burgo, el muy largo destierro.

"¡Qué bueno está ese retrato de Don Pepel! Es de lo mejor que he visto". Así dijo un hombre que amó á Don José de la Luz, que lo veía pasar por su casa todos los días, que lo vió muchas veces en su sillón, con el suelo alrededor lleno de libros, que alguna vez lo vió erguirse, apretar el brazo de la silla y echar fuego de aquellos mansos ojos,—cuando, como una joya, le enseñó PATRIA el retrato excelente que le acaba de mandar de regalo el fotógrafo de Tampa, J. M. Yzaguirre. ¡Qué ojos tan firmes, y tan escrutadores! ¡Qué boca de mandol! ¡Qué frente, juvenil todavía por el arranque mismo de las canas! Les vió la conciencia, hasta que se la abrasó. Ya andan nulos desde él. ¡El fué el vencedor!

"La Igualdad," la honrada Sociedad de Beneficencia cubana, tiene fiesta el lunes 27; una fiesta campestre en el parque de Sulzer, en la calle 126 y la Segunda Avenida. Son nuestros hombres, y gozamos con verbos adelantar, y vencer, en el arte difícil de asociarse, que es el secreto único del bienestar de los pueblos, y la garantía única de su libertad.—Estas fiestas de "La Igualdad," en la hermosura de los árboles, son siempre de mucha animación; al pie de la atenta tarjeta de convite que más nombres se requieren que los del constante Coronado, el presidente, y los de Roche y Delegado, y Prieto y Bruet? Pero esta vez no habrá en el jardín palmo de tierra vacío, porque los profesores Horruñiter y Duarte van a tocar la música de Cuba. ¡La danza mas inquieta, en el destierro, se oye con religiosidad! Y antes de bailar,—como que se detiene el bailar a pensar un instante, como que salud! Va á ser extraordinaria la concurrencia á la fiesta de "La Igualdad."

Manuel Romano,

Comerciante en toda Clase de Géneros para Vestidos y Ropa Interior, PARA SEÑORAS Y CABALLEROS. Se vende á plazo y al contado. CALLE DUVAL, ESQUINA A DIVISION. CAYO HUESO, FLA.

CASA DE FAMILIA

en Nueva York para Cubanos, Puertorriqueños, Hispano Americanos. EN LUGAR CENTRAL Y CÓMODO 313 W. 14th Street. TRATO CUBANO: COMIDA CUBANA Todas las Comodidades Habitación y Comida: Desde \$7 semanales en adelante. Nueva York, 313 West 14th Street.

"PLAVANO"

HOTEL y RESTAURANT, en local excelente, No. 28 Este calle 23, Frente á Madison Square. Muy conveniente á los Viajeros. COMIDA BUENA, HABITACIONES MODICAS, NUESTRAS COSTUMBRES. Cuartos con comida ó sin ella. TABLE D'HOTE, con vino, ... \$1.00 AL MUERZO, ... 50cts. En la ciudad baja: ALMUERZO Y LUNCH, 13 South William ó 57 Stone St.



Títulos en este número

De José Martí

Bases del Partido Revolucionario Cubano I, 279-280

El Partido II, 35-38

El himno de Figueredo y el acompañamiento de Agramonte ED, 102-103

En Casa V, 378-380

De otros autores

José Antonio Lucena: Comunicaciones Oficiales

Un Veterano: La Bayamesa

Gonzalo de Quesada: " El Catalán " y " María Francisca "(Episodio histórico)

Luis M. Ruiz: Carta de Tampa. La recepción a Roloff en el Liceo Cubano

Néstor L. Carbonell: Alejandro Fusté

Sin firma

Directorio del Partido Revolucionario Cubano

Relación de Clubs Cubanos

Félix Figueredo

Imágenes

Partitura de La Bayamesa